

## El perro del hortelano

La condesa Diana se siente atraída por su secretario Marcelo, emparejado con la criada Marcela, aunque es consciente de la diferencia de clase social entre ambos. Por ello duda: tan pronto le da esperanzas, como se aleja buscando esposo entre nobles de su alcurnia, para volver de nuevo a acercarse cuando ve la felicidad de los sirvientes. La solución vendrá cuando Teodoro se hace pasar por el hijo largo tiempo desaparecido del conde Ludovico; al reconocerlo como tal el viejo aristócrata, ya no hay impedimento para sus amores con Diana.

Aquí están las dos primeras entrevistas de la condesa y su criado en el acto I, cuando ella va tendiendo sus redes amorosas para atrapar a Teodoro y alejarlo de Marcela; en la tercera —que cierra el acto— el secretario está ya inclinado por completo a entregarse a su ama.

DIANA Hame dicho cierta amiga  
que desconfía de sí  
que el papel que traigo aquí  
le escriba. A hacerlo me obliga  
la amistad, aunque yo ignoro,  
Teodoro, cosas de amor,  
y que le escribas, mejor,  
vengo a decirte, Teodoro.  
Toma y lee.

TEODORO Si aquí,  
señora, has puesto la mano,  
igualarle fuera en vano  
y fuera soberbia en mí.  
Sin verle pedirte quiero  
que a esa señora le envíes.

DIANA Léele.

TEODORO Que desconfíes  
me espanto. Aprender espero  
estilo, que yo no sé,  
que jamás traté de amor.

DIANA ¿Jamás, jamás?

TEODORO Con temor  
de mis defetos no amé,  
que soy muy desconfiado.

DIANA Y se puede conocer  
de que no te dejas ver,  
pues que te vas rebozado.

TEODORO ¿Yo, señora? ¿Cuándo o cómo?

DIANA Dijéronme que salió  
anoche acaso, y te vio  
rebozado el mayordomo.

TEODORO Andaríamos burlando

Fabio y yo, como solemos,  
que mil burlas nos hacemos.

DIANA Lee, lee.

TEODORO Estoy pensando  
que tengo algún envidioso.

DIANA Celoso podría ser.  
Lee, lee.

TEODORO Quiero ver  
ese ingenio milagroso.  
(Lea.)

«Amar por ver amar envidia ha sido,  
y primero que amar estar celosa  
es invención de amor maravillosa  
y que por imposible se ha tenido.  
De los celos mi amor ha procedido  
por pesarme que, siendo más hermosa,  
no fuese en ser amada tan dichosa  
que hubiese lo que envidio merecido.  
Estoy, sin ocasión, desconfiada,  
celosa sin amor, aunque, sintiendo,  
debo de amar, pues quiero ser amada.  
Ni me dejo forzar, ni me defiendo;  
darme quiero a entender sin decir nada:  
entiéndame quien puede; yo me entiendo.»

DIANA ¿Qué dices?

TEODORO Que si esto es  
a propósito del dueño,  
no he visto cosa mejor,  
mas confieso que no entiendo  
como puede ser que amor  
venga a nacer de los celos,  
pues que siempre fue su padre.

DIANA Porque esta dama sospecho

que se agradaba de ver  
este galán sin deseo  
y, viéndole ya empleado  
en otro amor, con los celos  
vino a amar y a desear.  
¿Puede ser?

TEODORO Yo lo concedo;  
mas ya esos celos, señora,  
de algún principio nacieron,  
y ese fue amor, que la causa  
no nace de los efetos,  
sino los efetos della.

DIANA No sé, Teodoro, esto siento  
desta dama, pues me dijo  
que nunca al tal caballero  
tuvo más que inclinación  
y, en viéndole amor, salieron  
al camino de su honor  
mil salteadores deseos  
que le han desnudado el alma  
del honesto pensamiento  
con que pensaba vivir.

TEODORO Muy lindo papel has hecho.  
Yo no me atrevo a igualarle.

DIANA Entra y prueba.

TEODORO No me atrevo.

DIANA Haz esto, por vida mía.

TEODORO Vusiñoría con esto  
quiere probar mi ignorancia.

DIANA Aquí aguardo; vuelve luego.

TEODORO Yo voy.

[Vase.] [...]

DIANA ¿Escribiste?

TEODORO Ya escribí,  
aunque bien desconfiado,  
mas soy mandado y forzado.

DIANA Muestra.

TEODORO Lee.

DIANA Dice así:

(Lee DIANA.)

«Querer por ver querer envidia fuera  
si quien lo vio, sin ver amar, no amara,  
porque antes de amar, no amar pensara,  
después no amara, puesto que amar viera.  
760

Amor que lo que agrada considera  
en ajeno poder su amor declara,  
que como la color sale a la cara,  
sale a la lengua lo que al alma altera.  
No digo más, porque lo más ofendo  
desde lo menos, si es que desmerezco  
porque del ser dichoso me defiendo.  
Esto que entiendo solamente ofrezco,  
que lo que no merezco no lo entiendo  
por no dar a entender que lo merezco.

DIANA Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO ¿Búrlaste?

DIANA ¡Pluguiera a Dios!

TEODORO ¿Qué dices?

DIANA Que de los dos  
el tuyo vence, Teodoro.

TEODORO  
Pésame, pues no es pequeño  
principio de aborrecer  
un criado el entender  
que sabe más que su dueño.  
De cierto rey se contó  
que le dijo a un gran privado:  
«Un papel me da cuidado,  
y si bien le he escrito yo.  
Quiero ver otro de vós  
y el mejor escoger quiero.»  
Escribióle el caballero  
y fue el mejor de los dos.  
Como vio que el Rey decía  
que era su papel mejor,  
fuese y díjole al mayor  
hijo de tres que tenía:  
«Vámonos del reino luego,  
que en gran peligro estoy yo.»  
El mozo le preguntó  
la causa, turbado y ciego,  
y respondiolo: «Ha sabido  
el Rey que yo sé más que él»,  
que es lo que en aqueste papel

me puede haber sucedido.

DIANA No, Teodoro, que aunque digo  
que es el tuyo más discreto,  
es porque sigue el conceto  
de la materia que sigo  
y no para que presuma  
tu pluma, que, si me agrada,  
pierdo el estar confiada  
de los puntos de mi pluma;  
fuera de que soy mujer  
a cualquier error sujeta,  
y no sé si muy discreta,  
como se echa de ver.  
Desde lo menos aquí  
dices que ofendes lo más  
y amando; engañado estás,  
porque en amor no es así,  
que no ofende un desigual  
amando, pues solo entiendo  
que se ofende aborreciendo.

TEODORO Esa es razón natural.  
Mas pintaron a Faetonte  
y a Ícaro despeñados:  
uno, en caballos dorados,  
precipitado en un monte,  
y otro, con alas de cera,  
derretido en el crisol  
del sol.

DIANA No lo hiciera el sol  
si, como es sol, mujer fuera.  
Si alguna cosa sirvieres  
alta, sírvela y confía,  
que amor no es más que porfía;  
no son piedras las mujeres.  
Yo me llevo este papel,  
que despacio me conviene  
verle.

TEODORO Mil errores tiene.

DIANA No hay error ninguno en él.

TEODORO Honras mi deseo; aquí  
traigo el tuyo.

DIANA Pues allá  
le guarda, aunque bien será  
rasgarle.

TEODORO ¿Rasgarle?

DIANA Sí,  
que no importa que se pierda  
si se puede perder más. [...]

DIANA  
Luego ¿no es verdad que quieres  
a Marcela?

TEODORO Bien pudiera  
vivir sin Marcela yo.

DIANA Pues dícame que por ella  
pierdes el seso.

TEODORO Es tan poco  
que no es mucho que le pierda,  
mas crea vusñoría  
que aunque Marcela merezca  
esas finezas en mí,  
no ha habido tantas finezas.

DIANA  
Pues ¿no le has dicho requiebros  
tales que engañar pudieran  
a mujer de más valor?

TEODORO Las palabras poco cuestan.

DIANA ¿Qué le has dicho, por mi vida?  
¿Cómo, Teodoro, requiebran  
los hombres a las mujeres?

TEODORO  
Como quien ama y quien ruega,  
vistiendo de mil mentiras  
una verdad, y esa apenas.

DIANA Sí, pero ¿con qué palabras?

TEODORO Estrañamente me aprieta  
vuseñoría: «Esos ojos,  
le dije, esas niñas bellas,  
son luz con que ven los míos,  
y los corales y perlas  
desa boca celestial...»

DIANA ¿Celestial?

TEODORO Cosas como estas  
son la cartilla, señora,  
de quien ama y quien desea.

DIANA Mal gusto tienes, Teodoro.  
No te espantes de que pierdas

hoy el crédito conmigo,  
 porque sé yo que en Marcela  
 hay más defetos que gracias.  
 Como la miro más cerca...  
 Sin esto, porque no es limpia,  
 no tengo pocas pendencias  
 con ella... Pero no quiero  
 desenamorarte della,  
 que bien pudiera decirte  
 cosas, pero aquí se quedan  
 sus gracias o sus desgracias,  
 que yo quiero que la quieras  
 y que os caséis en buen hora,  
 mas, pues de amador te precias,  
 dame consejo, Teodoro,  
 así a Marcela poseas,  
 para aquella amiga mía  
 que ha días que no sosiega  
 de amores de un hombre humilde,  
 porque si en quererle piensa,  
 ofende su autoridad,  
 y si de quererle deja,  
 pierde el jüicio de celos,  
 que el hombre, que no sospecha  
 tanto amor, anda cobarde,  
 aunque es discreto con ella.

TEODORO ¿Yo, señora, sé de amor?  
 No sé, por Dios, cómo pueda  
 aconsejarte.

DIANA ¿No quieres,  
 como dices, a Marcela?  
 ¿No le has dicho esos requiebros?  
 Tuvieran lengua las puertas,  
 que ellas dijeran.

TEODORO No hay cosa  
 que decir las puertas puedan.

DIANA Ea, que ya te sonrojas,  
 y lo que niega la lengua  
 confiesas con las colores.

TEODORO Si ella te lo ha dicho, es necia;  
 una mano le tomé  
 y no me quedé con ella,  
 que luego se la volví.  
 ¡No sé yo de qué se queja!

DIANA Sí, pero hay manos que son  
 como la paz de la Iglesia,  
 que siempre vuelven besadas.

TEODORO Es necísima Marcela.  
 Es verdad que me atreví,  
 pero con mucha vergüenza,  
 a que templase la boca  
 con nieve y con azucenas.

DIANA ¿Con azucenas y nieve?  
 Huelgo de saber que tiempla  
 ese emplasto el corazón.  
 Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO Que si esa dama que dices  
 hombre tan bajo desea,  
 y de quererle resulta  
 a su honor tanta bajeza,  
 haga que con un engaño,  
 sin que la conozca, pueda  
 gozarle.

DIANA Queda el peligro  
 de presumir que lo entienda.  
 ¿No será mejor matarle?

TEODORO  
 De Marco Aurelio se cuenta  
 que dio a su mujer Faustina,  
 para quitarle la pena,  
 sangre de un esgrimidor,  
 pero estas romanas pruebas  
 son buenas entre gentiles.

DIANA Bien dices, que no hay Lucrecias,  
 ni Torcatos, ni Virginios  
 en esta edad, y en aquella  
 hubo Faustinas, Teodoro,  
 Mesalinas y Popeas.  
 Escribeme algún papel  
 que a este propósito sea,  
 y queda con Dios. ¡Ay, Dios!  
 (Caiga.)

¡Caí! ¿Qué me miras? ¡Llega!  
 ¡Dame la mano!

TEODORO El respeto  
 me detuvo de ofrecella.

DIANA ¡Qué graciosa grosería  
 que con la capa la ofrezcas!

TEODORO Así, cuando vas a misa,  
 te la da Otavio.

DIANA Es aquella

mano que yo no le pido,  
y debe de haber setenta  
años que fue mano, y viene  
amortajada por muerta.  
Aguardar quien ha caído  
a que se vista de seda  
es como ponerse un jaco  
quien ve al amigo en pendencia,  
que mientras baja, le han muerto.  
Demás que no es bien que tenga  
nadie por más cortesía,  
aunque melindres lo aprueban,  
que una mano, si es honrada,  
traiga la cara cubierta.

TEODORO Quiero estimar la merced  
que me has hecho.

DIANA Cuando seas  
escudero la darás  
en el ferreruero envuelta,  
que agora eres secretario,  
con que te he dicho que tengas  
secreta aquesta caída,  
si levantarte deseas.

(Váyase.)

TEODORO ¿Puedo creer que aquesto es  
verdad? Puedo,  
si miro que es mujer Diana hermosa.  
Pidió mi mano, y la color de rosa,  
al dársela, robó del rostro el miedo.  
Tembló, yo lo sentí; dudoso quedo.  
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa,  
si bien, por ser la empresa tan dudosa,  
niego al temor lo que al valor concedo. 1180  
Mas dejar a Marcela es caso injusto,  
que las mujeres no es razón que esperen  
de nuestra obligación tanto disgusto.  
Pero si ellas nos dejan cuando quieren  
por cualquiera interés o nuevo gusto,  
mueran también como los hombres mueren.

Acto II: La marquesa hace sufrir a Teodoro  
al manifestar su deseo de casarse con un  
marqués

DIANA Quiero yo que a ti te agrade  
el dueño que has de tener.  
¿Tiene el Marqués mejor talle  
que mi primo?

TEODORO Sí, señora.

DIANA Pues elijo al Marqués; parte  
y pídele las albricias.

(Váyase la CONDESA.)

TEODORO ¿Hay desdicha semejante?  
¿Hay resolución tan breve?  
¿Hay mudanza tan notable?  
¿Estos eran los intentos  
que tuve? ¡Oh sol, abrasadme  
las alas con que subí,  
pues vuestro rayo deshace  
las mal atrevidas plumas  
a la belleza de un ángel!  
Cayó Diana en su error.  
¡Oh, qué mal hice en fiarme  
de una palabra amorosa!  
¡Ay, cómo entre desiguales  
mal se concierta el amor!  
Pero ¿es mucho que me engañen  
aquellos ojos a mí  
si pudieran ser bastantes  
a hacer engaños a Ulises?  
De nadie puedo quejarme  
sino de mí; pero, en fin,  
¿qué pierdo cuando me falte?  
Haré cuenta que he tenido  
algún accidente grave  
y que mientras me duró  
imaginé disparates.  
No más; despedíos de ser,  
¡oh pensamiento arrogante!,  
conde de Belflor. Volved  
la proa al antigua margen;  
queramos nuestra Marcela;  
para vos Marcela baste.  
Señoras busquen señores,  
que amor se engendra de iguales,  
y pues en aire nacistes,  
quedad convertido en aire,  
que donde méritos faltan  
los que piensan subir caen.

(Sale FABIO.)

Acto III: El final feliz

TEODORO Tristán, a quien hoy pudiera  
hacer el engaño estatuas,  
la industria versos y Creta  
rendir laberintos, viendo  
mi amor, mi eterna tristeza,  
sabiendo que Ludovico

perdió un hijo, esta quimera  
ha levantado conmigo,  
que soy hijo de la tierra  
y no he conocido padre  
más que mi ingenio, mis letras  
y mi pluma. El Conde cree  
que lo soy, y aunque pudiera  
ser tu marido y tener  
tanta dicha y tal grandeza,  
mi nobleza natural 935  
que te engañe no me deja  
porque soy naturalmente  
hombre que verdad profesa.  
Con esto para ir a España  
vuelvo a pedirte licencia,  
que no quiero yo engañar  
tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA Discreto y necio has andado:  
discreto en que tu nobleza  
me has mostrado en declararte,  
necio en pensar que lo sea  
en dejarme de casar,  
pues he hallado a tu bajeza  
el color que yo quería,  
que el gusto no está en grandezas,  
sino en ajustarse al alma  
aquello que se desea.  
Yo me he de casar contigo,  
y porque Tristán no pueda  
decir aqueste secreto,  
hoy haré que cuando duerma  
en ese pozo de casa  
le sepulten.

- Resume lo acaecido en cada una de las escenas aquí seleccionadas.
- Analiza con detalle el sentido de los dos sonetos que intercambian Teodoro y Diana en el acto I.
- ¿Qué personaje de la obra se asimila al perro del hortelano “que ni come, ni deja comer”?
- Compara al Lope de dramas como Fuenteovejuna o Peribáñez con el cómico de esta obra.
- ¿Cuál de los dos te resulta más atractivo? Justifica la respuesta.

A lo largo del siglo XVII, el teatro se convierte en el género dominante dentro de la literatura española, además de la diversión favorita para los habitantes de las principales ciudades. Ello se debe en gran medida a la obra dramática de Lope de Vega (1562-1635), que con la publicación en 1609 del *Arte nuevo de hacer comedias* y con su fecundísima creación teatral fija el esquema de la llamada **Comedia Española**.

El formidable éxito alcanzado por Lope de Vega favoreció que numerosos dramaturgos continuaran su estilo. Se habla así de la Escuela o ciclo dramático de Lope de Vega, entre cuyos autores deben recordarse los nombres de Guillén de Castro, Juan Ruiz de Alarcón y Tirso de Molina.

## Peribáñez y el comendador de Ocaña

El tema y el argumento de *Peribáñez y el comendador de Ocaña* tienen bastante que ver con los de *Fuenteovejuna*. Aquí el comendador queda prendado de Casilda, recién casada con el rico campesino Peribáñez; para verla a solas no duda en desplazar al marido fuera de la villa al frente de unas tropas. Pero al ser sorprendido por el esposo cuando se disponía a violar el domicilio conyugal, resulta herido de muerte. Posteriormente el Rey da por buena la defensa de su honor por parte del campesino. La obra comienza con la fiesta de los esponsales.

(Edición digital de Teresa Ferrer)

LOS MÚSICOS  
(Cantan y danzan.)

Dente parabienes  
el mayo garrido,  
los alegres campos,  
las fuentes y ríos.

Alcen las cabezas  
los verdes alisos,  
y con frutos nuevos  
almendros floridos.

Echen las mañanas,  
después del rocío,  
en espadas verdes  
guarnición de lirios.

Suban los ganados  
por el monte mismo  
que cubrió la nieve,  
a pacer tomillos.

(Folía.)

Y a los nuevos desposados  
eche Dios su bendición;  
parabién les den los prados,  
pues hoy para en uno son.

(Vuelva[n] a danzar.)

Montañas heladas  
y soberbios riscos,  
antiguas encinas  
y robustos pinos,  
dad paso a las aguas  
en arroyos limpios  
que a los valles bajan  
de los yelos fríos.

Canten ruiseñores,  
y con dulces silbos  
sus amores cuenten  
a estos verdes mirtos.

Fabriquen las aves  
con nuevo artificio,  
para sus hijuelos  
amorosos nidos.

(Folía.)

Y a los nuevos desposados  
eche Dios su bendición;  
parabién les den los prados  
pues hoy para en uno son.

Tras la ceremonia de la boda se produce el primer encuentro entre el comendador herido y Casilda

CASILDA  
¡Oh, qué mal [el mal] se emplea 290  
en quien es la flor de España!  
¡Ah, gallardo caballero!  
¡Ah, valiente lidiador!  
¿Sois vos quien daba temor  
con ese desnudo acero 295  
a los moros de Granada?  
¿Sois vos quien tantos mató?  
¡Una sogá derribó  
a quien no pudo su espada!  
Con sogá os hiere la muerte; 300  
mas será por ser ladrón  
de la gloria y opinión  
de tanto capitán fuerte.  
¡Ah, señor Comendador!

COMENDADOR  
¿Quién llama? ¿Quién está aquí? 305

CASILDA ¡Albricias, que habló!

COMENDADOR ¡Ay de mí!  
¿Quién eres?

CASILDA Yo soy, señor.  
No os aflijáis, que no estáis  
donde no os desean más bien  
que vos mismo, aunque también 310  
quejas, mi señor, tengáis  
de haber corrido aquel toro.  
Haced cuenta que esta casa,  
aunque [humilde] es vuestra.

COMENDADOR ¡Hoy pasa  
todo el humano tesoro! 315  
Estuve muerto en el suelo,  
y como ya lo creí,  
cuando los ojos abrí,  
pensé que estaba en el cielo.  
Desengañadme, por Dios; 320  
que es justo pensar que sea  
cielo donde un hombre vea  
que hay ángeles como vos.

CASILDA Antes por vuestras razones  
podría yo presumir 325  
que estáis cerca de morir.

COMENDADOR ¿Cómo?

CASILDA Porque veis visiones.  
Y advierta vueseñoría  
que, si es agradecimiento  
de hallarse en el aposento 330  
desta humilde casa mía,  
de hoy solamente lo es.

COMENDADOR ¿Sois la novia, por  
ventura?

CASILDA No por ventura, si dura  
y crece este mal después, 335  
venido por mi ocasión.

COMENDADOR ¿Que vos estáis ya  
casada?

CASILDA Casada y bien empleada.

COMENDADOR Pocas hermosas lo son.

CASILDA  
Pues por eso he yo tenido 340  
la ventura de la fea.

COMENDADOR [Aparte.]

(¡Que un tosco villano sea  
de esta hermosura marido!)  
¿Vuestro nombre?

CASILDA Con perdón,  
Casilda, señor, me nombro. 345

COMENDADOR [Aparte.]

(De ver su traje me asombro  
y su rara perfección.)  
Diamante en plomo engastado,  
¡dichoso el hombre mil veces  
a quien tu hermosura ofreces! 350

CASILDA No es él el bien empleado;  
yo lo soy Comendador.  
Créalo su señoría.

COMENDADOR Aun para ser mujer mía  
tenéis, Casilda, valor. 355  
Dame licencia que pueda  
regalarte.



En el acto segundo el comendador -disfrazado de segador- acude a solicitar de amores a Casilda:

[Escena X]

A la ventana, con un rebozo, CASILDA.

CASILDA

¿Es hora de madrugar, 485  
amigos?

COMENDADOR Señora mía,  
ya se va acercando el día,  
y es tiempo de ir a segar.

Demás que, saliendo vos, 490  
sale el sol, y es tarde ya.  
Lástima a todos nos da  
de veros sola, por Dios.

No os quiere bien vuestro esposo,  
pues a Toledo se fue 495  
y os deja una noche. A fe  
que si fuera tan dichoso

el Comendador de Ocaña  
-que sé yo que os quiere bien,  
aunque le mostráis desdén 500  
y sois con él tan extraña-

que no os dejara, aunque el rey  
por sus cartas le llamara;  
que dejar sola esa cara  
nunca fue de amantes ley.

CASILDA Labrador de lejas tierras, 505  
que has venido a nuesa villa  
convidado del agosto,  
¿quién te dio tanta malicia?

Ponte tu tosca antipara, 510  
del hombro el gabán derriba,  
la hoz menuda en el cuello,  
los dediles en la cinta.

Madruga al salir del alba,  
mira que te llama el día, 515  
ata las manadas secas,  
sin maltratar las espigas.

Cuando salgan las estrellas,  
a tu descanso camina,  
y no te metas en cosas 520  
de que algún mal se te siga.

El Comendador de Ocaña  
servirá dama de estima,  
no con sayuelo de grana

ni con saya de palmilla.  
Copete traerá rizado, 525

gorguera de holanda fina,  
no cofia de pinos tosca,  
y toca de argentería.  
En coche o silla de seda  
los disantos irá a misa, 530  
no vendrá en carro de estacas  
de los campos a las viñas.

Dirá en cartas discretas  
requiebros a maravilla,  
no labradores desdenes, 535  
envueltos en señorías.

Olerá a guantes de ámbar,  
a perfumes y pastillas;  
no a tomillo ni cantueso,  
poleo y zarzas floridas. 540

Y cuando el Comendador  
me amase como a su vida,  
y se diesen virtud y honra  
por amorosas mentiras,

más quiero yo a Peribáñez 545  
con su capa la pardilla  
que al Comendador de Ocaña  
con la suya guarnecida.

Más precio verle venir  
en su yegua la tordilla, 550  
la barba llena de escarcha  
y de nieve la camisa,

la ballesta atravesada,  
y del arzón de la silla  
dos perdices o conejos, 555  
y el podenco de trailla,

que ver al Comendador  
con gorra de seda rica,  
y cubiertos de diamantes  
los brahones y capilla; 560

que más devoción me causa  
la cruz de piedra en la ermita,  
que la roja de Santiago  
en su bordada ropilla.

¡Vete, pues, el segador, 565  
mala fuese la tu dicha,  
que si Peribáñez viene,  
no verás la luz del día!

COMENDADOR ¡Quedo, señora! ¡Señora!  
 ¡Casilda, amores, Casilda! 570  
 ¡Yo soy el Comendador;  
 abridme, por vuestra vida!  
 ¡Mirad que tengo que daros  
 dos sartas de perlas finas  
 y una cadena esmaltada 575  
 de más peso que la mía!

no durmáis, que con su risa  
 os está llamando el alba!  
 ¡Ea, relinchos y grita, 580  
 que al que a la tarde viniere  
 con más manadas cogidas,  
 le mando el sombrero grande  
 con que va Pedro a las viñas!  
 (Quítase de la ventana.)

CASILDA ¡Segadores de mi casa,

Acosado por los celos y empeñado en salvar su honor, Peribáñez regresa a escondidas a su casa. Este soliloquio en el acto III da salida a sus inquietudes.

### [Escena IX]

Salga PERIBÁÑEZ.

PERIBÁÑEZ

¡Bien haya el que tiene bestia  
 de estas de huir y alcanzar,  
 con que puede caminar 530  
 sin pesadumbre y molestia!

Alojé mi compañía,  
 y con ligereza estraña  
 he dado la vuelta a Ocaña.  
 ¡Oh, cuán bien decir podría: 535

Oh, caña, la del honor,  
 pues que no hay tan débil caña  
 como el honor, a quien daña  
 de cualquier viento el rigor!

¡Caña de honor quebradiza, 540  
 caña hueca y sin sustancia,  
 de hojas de poca importancia,  
 con que su tronco entapiza!

¡Oh, caña, todo aparato,  
 caña fantástica y vil, 545  
 para quebrada sutil,  
 y verde tan breve rato!

¡Caña compuesta de ñudos,  
 y honor al fin de ellos lleno,  
 sólo para sordos bueno 550  
 y para vecinos mudos!

Aquí naciste en Ocaña  
 conmigo al viento ligero;  
 yo te cortaré primero  
 que te quiebres, débil caña. 555

No acabo de agradecerme  
 el haberte sustentado,

yegua, que con tal cuidado  
 supiste a Ocaña traerme.

¡Oh, bien haya la cebada 560  
 que tantas veces te di!  
 Nunca de ti me serví  
 en ocasión más honrada.

Ahora el provecho toco,  
 contento y agradecido. 565

Otras veces me has traído,  
 pero fue pesando poco;  
 que la honra mucho alienta,  
 y que te agradezca es bien  
 que hayas corrido tan bien 570  
 con la carga de mi afrenta.

Préciese de buena espada  
 y de buena cota un hombre,  
 del amigo de buen nombre  
 y de opinión siempre honrada, 575

de un buen fieltro de camino  
 y de otras cosas así,  
 que una bestia es para mí  
 un socorro peregrino.

¡Oh, yegua! ¡En menos de un hora 580  
 tres leguas! Al viento igualas  
 que, si le pintan con alas,  
 tú las tendrás desde agora.

Ésta es la casa de Antón,  
 cuyas paredes confinan 585  
 con las mías, que ya inclinan  
 su peso a mi perdición.

Llamar quiero, que he pensado  
 que será bien menester.

¡Ah de casa!

CASILDA Mujer soy de un capitán,  
si vos sois Comendador.  
Y no os acerquéis a mí,  
porque a bocados y a coces 755  
os haré...

COMENDADOR Paso, y sin voces.

**[Escena XVIII]**

[Sale] PERIBÁÑEZ. [Aparte.]

(¡Ah, honra! ¿Qué aguardo aquí?  
Mas soy pobre labrador.  
Bien será llegar y hablalle.  
¡Pero mejor es matalle!) 760  
Perdonad, Comendador,  
que la honra es encomienda  
de mayor autoridad.

COMENDADOR ¡Jesús! ¡Muerto soy!  
¡Piedad!

PERIBÁÑEZ  
No temas, querida prenda, 765  
mas sígueme por aquí.

CASILDA No te hablo de turbada.

**[Escena XX]**

LEONARDO entre.

LEONARDO Todo en confusión lo hallo.  
¡Ah, Inés! ¿Estás escondida?  
¡Inés!

COMENDADOR Voces oyo aquí.  
¿Quién llama?

LEONARDO Yo soy, Inés. 775

COMENDADOR  
¡Ay, Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO ¿Mi señor?

COMENDADOR Leonardo, sí.

LEONARDO ¿Qué te ha dado? Que  
parece  
que muy desmayado estás.

COMENDADOR  
Diome la muerte no más. 780  
Mas el que ofende merece.

LEONARDO ¡Herido! ¿De quién?

COMENDADOR No quiero  
voces ni venganzas ya.  
Mi vida en peligro está,  
sola la del alma espero. 785

No busques ni hagas estremos,  
pues me han muerto con razón.  
Llévame a dar confesión  
y las venganzas dejemos.  
A Peribáñez perdono. 790

LEONARDO ¿Que un villano te mató,  
y que no lo vengo yo?  
Esto siento.

COMENDADOR Yo le abono.  
No es villano, es caballero,  
que pues le ceñí la espada 795  
con la guarnición dorada,  
no ha empleado mal su acero.

LEONARDO Vamos, llamaré a la puerta  
del Remedio.

COMENDADOR Sólo es Dios.

- Analiza los elementos populares presentes en el primero de los textos.
- Señala la función de los apartes en el primer encuentro entre el comendador y Casilda.
- Sitúa cada uno de los textos en la secuencia exposición/nudo/desenlace.
- Identifica en el soliloquio de Peribáñez las indicaciones escenográficas.
- Comenta la alegoría de la que se vale el protagonista para definir el honor.
- Define la actitud del comendador en sus últimos momentos. ¿Se diferencia mucho de su comportamiento anterior? Justifica la respuesta.
- Para terminar, establece las analogías que encuentres entre esta pieza y Fuenteovejuna.

## Tirso de Molina: El condenado por desconfiado

Una de las más celebradas obras de Tirso, que encierra un hondo contenido doctrinal. El ermitaño Paulo vive obsesionado por la salvación; sus temores son aprovechados por el demonio minar su fe, asegurando que su destino tras la muerte será el mismo que el del bandido napolitano Enrico. A Nápoles acude entonces el monje, tratando de averiguar si Enrico se salvará. Desesperado al ver la maldad de su antagonista, Paulo abandona la fe y se convierte en su ser más sanguinario aun que Enrico, por lo que se condenará, en tanto que aquel —que muere arrepentido— alcanzará finalmente la salvación.

Vase y sale PAULO

PAULO: ¡Qué desventura!

Y, ¡qué desgracia cierta, lastimosa! 140

El sueño me venció, viva figura  
-por lo menos imagen temerosa-  
de la muerte crüel; y al fin rendido,  
la devota oración puse en olvido.  
Siguióse luego al sueño otro, de suerte,  
sin duda, que a mi Dios tengo enojado,  
si no es que acaso el enemigo fuerte  
haya aquesta ilusión representado.

Siguióse al final, ¡ay Dios!, el ver la muerte.  
¡Qué espantosa figura! ¡Ay, desdichado!

Si el verla en sueños causa tal quimera,  
el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?

Tiróme el golpe con el brazo diestro,  
no cortó la guadaña. El arco toma;

la flecha en el derecho, y el siniestro                      155  
el arco mismo que altivces doma;

tiróme al corazón. Yo que me muestro  
al golpe herido, porque al cuerpo coma

la madre tierra, como a su despojo,  
desencarcelo el alma, el cuerpo arrojó. 160

Salió el alma en un vuelo, en un instante  
vi de Dios la presencia. ¡Quién pudiera

no verle entonces! ¡Qué crüel semblante!  
¡resplandeciente espada y justiciera

en la derecha mano! Y arrogante  
-como ya por derecho suyo era-

el fiscal de las almas miré a un lado  
que aun en ser victorioso estaba airado.

Leyó mis culpas, y mi guarda santa  
leyó mis buenas obras, y el Justicia 170

Mayor del cielo, que es aquél que espanta  
de la infernal morada la malicia,

las puso en dos balanzas; mas levanta  
el peso de mi culpa y mi justicia

mis obras buenas tanto, que el Juez Santo  
me condena a los reinos del espanto.

Con aquella fatiga y aquel miedo  
desperté, aunque temblando, y no vi nada  
si no es mi culpa, y tan confuso quedo,

que si no es a mi suerte desdichada, 180  
o traza del contrario, ardid o enredo,  
que vibra contra mí su ardiente espada,  
no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios santo,  
me declarad la causa de este espanto.  
¿Heme de condenar, mi Dios divino, 185  
como este sueño dice, o he de verme  
en el sagrado alcázar cristalino?  
Aqueste bien, Señor, habéis de hacerme:  
¿Qué fin he de tener? Pues un camino  
sigo tan bueno, no queráis tenerme 190  
en esta confusión, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?  
Treinta años de edad tengo, Señor mío,  
y los diez he gastado en el desierto,  
y si viviera un siglo, sin siglo fío 195  
que lo mismo ha de ser; esto os advierto.  
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,  
¿qué fin he de tener? -Lágrimas vierto.-  
Respondedme, Señor, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno? 200

Aparece el DEMONIO el lo alto

DEMONIO: Diez años ha que persigo  
a este monje en el desierto,  
recordándole memorias  
y pasados pensamientos;  
y siempre le he hallado firme 205  
como un gran peñasco opuesto.  
Hoy duda en su fe, que es duda  
de la fe lo que hoy ha hecho,  
porque es la fe en el cristiano  
que sirviendo a Dios y haciendo 210  
buenas obras, ha de ir  
a gozar de él en muriendo.  
Éste, aunque ha sido tan santo,  
duda de la fe, pues vemos  
que quiere del mismo Dios, 215  
estando en duda, saberlo.  
En la soberbia también  
ha pecado, caso es cierto.  
Nadie como yo lo sabe,  
pues por soberbio padezco. 220  
Y con la desconfianza  
le ha ofendido, pues es cierto  
que desconfía de Dios  
el que a su fe no da crédito.  
Un sueño la causa ha sido; 225  
y el anteponer un sueño  
a la fe de Dios, ¿quién duda  
que es pecado manifiesto?  
Y así me ha dado licencia  
el juez más supremo y recto 230

para que con más engaños  
le incite agora de nuevo.  
Sepa resistir valiente  
los combates que le ofrezco,  
pues supo desconfiar  
y ser como yo soberbio.

Su mal ha de restaurar  
de la pregunta que ha hecho  
a Dios, pues a su pregunta  
mi nuevo engaño prevengo.  
De ángel tomaré la forma,  
y responderé a su intento  
cosas que le han de costar  
su condenación, si puedo.

Quítase el DEMONIO la túnica y queda de ángel

PAULO: Dios mío, aquesto suplico: 245  
¿Salvaréme, Dios inmenso?  
¿Iré a gozar vuestra gloria?  
Que me respondáis espero.

DEMONIO: Dios, Paulo, te ha escuchado  
y tus lágrimas ha visto. 250

PAULO (Aparte): (¡Qué mal el temor resisto!  
Ciego en mirarlo he quedado.)

DEMONIO: Me ha mandado que te saque  
de esa ciego confusión,  
porque esa vana ilusión 255  
de tu contrario se aplaque.  
Ve a Nápoles, y a la puerta  
que llaman allá del Mar,  
que es por donde tú has de entrar  
a ver tu ventura cierta 260  
o tu desdicha verás  
cerca de allá -estáme atento-  
un hombre...

PAULO: ¡Qué gran contento  
con tus razones me das!

DEMONIO: ...que Enrico tiene por nombre, 265  
hijo del noble Anareto;  
conocerásle, en efeto,  
por señas, que es gentil hombre,  
alto de cuerpo y gallardo.  
No quiero decirte más, 270  
porque apenas llegarás  
cuando le veas.

PAULO:                               Aguardo  
lo que le he de preguntar  
cuando yo le llegue a ver.

DEMONIO:	Sólo una cosa has de hacer.	275
PAULO:	¿Qué he de hacer?	
DEMONIO:	Verle y callar, contemplando su acciones, sus obras y sus palabras.	
PAULO:	En mi pecho ciego labras quimeras y confusiones. ¿Sólo eso tengo de hacer?	280
DEMONIO:	Dios que en él repares quiere, porque el fin que aquél tuviere, ese fin has de tener. Desaparece	
PAULO:	¡Oh misterio soberano! ¿Quién este Enrico será? Por verle me muero ya. ¡Qué contento estoy, qué ufano! Algún divino varón debe de ser. ¿Quién lo duda?	285    290

- Resume el conflicto teológico que aflige al ermitaño Paulo.
- Analiza los diez primeros versos desde el punto de vista métrico.



## Calderón de la Barca: La vida es sueño

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) es el máximo exponente del teatro barroco, hasta el punto de que la fecha de su muerte marca el fin de esa época literaria y de los Siglos de Oro en España. Solo escribió teatro; su producción alcanza los doscientos títulos entre comedias y Autos Sacramentales. Se ha querido ver en la obra de este dramaturgo la presencia de la estética gongorina en los escenarios; lo cierto es que Calderón respeta el esquema dramático de Lope, pero lo dota de mayor profundidad y brillantez en torno a cuatro aspectos principales: la trama, el lenguaje, el pensamiento y la escenografía.

La vida es sueño Calderón de la Barca pone en escena cuestiones de trascendencia universal, que se inscriben además en el centro de la mentalidad barroca: la libertad del hombre frente a las predicciones de las estrellas y el destino adverso; la posibilidad de que nuestra vida sea un breve sueño previo a la imprevisible eternidad; la autoridad del monarca injusto frente a la inminente rebelión de los súbditos. Construido todo ello en torno a la peripecia del joven príncipe (Segismundo), encerrado desde su nacimiento y por mandato paterno en una cueva oscura.

Al inicio de la obra Segismundo aparece desesperado en la cueva de su encierro; allí pronuncia uno de los monólogos más conocidos de todo el teatro español:

(Textos en [cervantesvirtual.com](http://cervantesvirtual.com))

*Descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y a la luz, vestido de pieles.)*

SEGISMUNDO		negándose a la piedad	
¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice!		del nido que deja en calma:	130
Apurar, cielos, pretendo		¿y teniendo yo más alma,	
ya que me tratáis así,		tengo menos libertad?	
qué delito cometí	105		
contra vosotros naciendo;		Nace el bruto, y con la piel	
aunque si nací, ya entiendo		que dibujan manchas bellas,	
qué delito he cometido.		apenas signo es de estrellas,	135
Bastante causa ha tenido		gracias al docto pincel,	
vuestra justicia y rigor;	110	cuando, atrevido y crüel,	
pues el delito mayor		la humana necesidad	
del hombre es haber nacido.		le enseña a tener crueldad,	
		monstruo de su laberinto:	140
Sólo quisiera saber,		¿y yo con mejor distinto	
para apurar mis desvelos		tengo menos libertad?	
(dejando a una parte, cielos,	115		
el delito de nacer),		Nace el pez, que no respira,	
qué más os pude ofender,		aborto de ovas y lamas,	
para castigarme más.		y apenas bajel de escamas	145
¿No nacieron los demás?		sobre las ondas se mira,	
Pues si los demás nacieron,	120	cuando a todas partes gira,	
¿qué privilegios tuvieron		midiendo la inmensidad	
que yo no gocé jamás?		de tanta capacidad	
Nace el ave, y con las galas		como le da el centro frío:	150
que le dan belleza suma,		¿y yo con más albedrío	
apenas es flor de pluma,	125	tengo menos libertad?	
o ramillete con alas			
cuando las etéreas salas		Nace el arroyo, culebra	
corta con velocidad,		que entre flores se desata,	

y apenas, sierpe de plata, entre las flores se quiebra, cuando músico celebra de las flores la piedad que le dan la majestad, el campo abierto a su ida: ¿y teniendo yo más vida tengo menos libertad?	155	SEGISMUNDO ¿Quié[n] mis voces ha escuchado? ¿Es Clotaldo?	175
	160	CLARÍN ( <i>Aparte.</i> ) Di que sí.	
En llegando a esta pasión un volcán, un Etna hecho, quisiera sacar del pecho pedazos del corazón. ¿Qué ley, justicia o razón negar a los hombres sabe privilegio tan süave, excepción tan principal, que Dios le ha dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a un ave?	165	ROSAURA No es sino un triste, ¡ay de mí! que en estas bóvedas frías oyó tus melancolías.	180
	170	SEGISMUNDO ( <i>Ásela.</i> ) Pues la muerte te daré, porque no sepas que sé, que sabes flaquezas mías. Sólo porque me has oído, entre mis membrudos brazos te tengo de hacer pedazos.	185
ROSAURA Temor y piedad en mí sus razones han causado.		CLARÍN Yo soy sordo, y no he podido escucharte.	

En la segunda jornada, tras comportarse de forma violenta, Segismundo empieza a considerar la posibilidad de reprimir sus deseos de vengarse de su padre.

CLOTALDO [...]Segismundo, que aun en sueños no se pierde el hacer bien.		Sueña el rico en su riqueza, que más cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza; sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende,	1185
SEGISMUNDO Es verdad; pues reprimamos esa fiera condición, esta furia, esta ambición, por si alguna vez soñamos. Así haremos, pues estamos en mundo tan singular, que el vivir sólo es soñar, y la experiencia me enseña que el hombre que vive, sueña lo que es hasta despertar.	1165	sueña el que agravia y ofende, y en el mundo, en conclusión, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende.	1190
Sueña el rey que es rey, y vive con este engaño, mandando, disponiendo y gobernando; y este aplauso, que recibe prestado, en el viento escribe, y en cenizas le convierte la muerte (¡desdicha fuerte!); ¡que hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte!	1175	Yo sueño que estoy aquí de estas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.	1195 1200
	1180		

El final del tercer acto supone un moderado castigo para el Rey Basilio, que se había fiado más de los astros que de la capacidad del individuo para vencer al adverso destino:

(*Salen el REY, CLOTALDO y ASTOLFO, huyendo.*)

BASILIO ¿Hay más infelice rey?  
¿Hay padre más perseguido?

CLOTALDO Ya tu ejército vencido 875  
baja sin tino ni ley.

ASTOLFO Los traidores vencedores  
quedan.

BASILIO En batallas tales  
los que vencen son leales, 880  
los vencidos los traidores.  
Huyamos, Clotaldo, pues,  
del crüel, del inhumano  
rigor de un hijo tirano.

(*Disparan dentro, y cae CLARÍN, herido, de donde está.*)

CLARÍN ¡Válgame el cielo!

ASTOLFO ¿Quién es 885  
este infelice soldado  
que a nuestros pies ha caído  
en sangre todo teñido?

CLARÍN Soy un hombre desdichado,  
que por quererme guardar  
de la muerte, la busqué. 890  
Huyendo della, topé  
con ella, pues no hay lugar  
para la muerte secreto.  
De donde claro se arguye  
de quien más su efeto huye 895  
es quien se llega a su efeto.

Por eso tornad, tornad  
a la lid sangrienta luego;  
que entre las armas y el fuego  
hay mayor seguridad 900  
que en el monte más guardado;  
que no hay seguro camino  
a la fuerza del destino  
y a la inclemencia del hado.

Y así, aunque a libraros vais 905  
de la muerte con hüir,  
mirad que vais a morir,

si está de Dios que muráis.

(*Cae dentro.*)

BASILIO Mirad que vais a morir,  
si está de Dios que muráis. 910

¡Qué bien, ay cielos, persuade  
nuestro error, nuestra ignorancia,  
a mayor conocimiento  
este cadáver que habla  
por la boca de una herida, 915  
siendo el humor que desata  
sangrienta lengua que enseña  
que son diligencias vanas  
del hombre cuantas dispone  
contra mayor fuerza y causal 920  
Pues yo, por librar de muertes  
y sediciones mi patria,  
vine a entregarla a los mismos  
de quien pretendí librarla.

CLOTALDO  
Aunque el hado, señor, sabe 925  
todos los caminos, y halla  
a quien busca entre lo espeso  
de dos penas, no es cristiana  
determinación decir  
que no hay reparo a su saña. 930  
Sí hay, que el prudente varón  
vitoria del hado alcanza;  
y si no estás reservado  
de la pena y la desgracia,  
haz por donde te reserves. 935

ASTOLFO Clotaldo, señor, te habla  
como prudente varón  
que madura edad alcanza,  
yo como joven valiente. 940  
Entre las espesas ramas  
dese monte está un caballo,  
veloz aborto del aura;  
huye en él, que yo entre tanto  
te guardaré las espaldas.

BASILIO  
Si está de Dios que yo muera, 945  
o si la muerte me aguarda,  
aquí, hoy la quiero buscar,  
esperando cara a cara.

*(Tocan al arma, y sale SEGISMUNDO y toda la compañía.)*

SEGISMUNDO En lo intrincado del monte,  
entre sus espesas ramas, 950  
el Rey se esconde. Seguíde,  
no quede en sus cumbres planta  
que no examine el cuidado,  
tronco a tronco, y rama a rama.

CLOTALDO ¡Huye, señor!

BASILIO ¿Para qué? 955

ASTOLFO ¿Qué intentas?

BASILIO Astolfo, aparta.

CLOTALDO ¿Qué intentas?

BASILIO Hacer, Clotaldo,  
un remedio que me falta.  
Si a mí buscándome vas,  
ya estoy, príncipe, a tus plantas; 960  
sea dellas blanca alfombra  
esta nieve de mis canas.  
Pisa mi cerviz, y huella  
mi corona; postra, arrastra  
mi decoro y mi respeto; 965  
toma de mi honor venganza;

sírvete de mí cautivo;  
y tras prevenciones tantas,  
cumpla el hado su homenaje,  
cumpla el cielo su palabra. 970

SEGISMUNDO Corte ilustre de Polonia,  
que de admiraciones tantas  
sois testigos, atended,  
que vuestro príncipe os habla.  
Lo que está determinado 975  
del cielo, y en azul tabla  
Dios con el dedo escribió,  
de quien son cifras y estampas  
tantos papeles azules  
que adornan letras doradas, 980  
nunca miente, nunca engaña,  
porque quien miente y engaña  
es quien, para usar mal dellas,  
las penetra y las alcanza.  
Mi padre, que está presente, 985  
por excusarse a la saña

de mi condición, me hizo  
un bruto, una fiera humana;  
de suerte que, cuando yo  
por mi nobleza gallarda, 990  
por mi sangre generosa,  
por mi condición bizarra,  
hubiera nacido dócil  
y humilde, sólo bastara  
tal género de vivir, 995  
tal linaje de crianza,  
a hacer fieras mis costumbres.  
¡Qué buen modo de estorbarlas!  
Si a cualquier hombre dijese:  
«Alguna fiera inhumana 1000  
te dará muerte», ¿escogiera  
buen remedio en despertalla  
cuando estuviese durmiendo?  
Si dijeran: «Esta espada  
que traes ceñida ha de ser 1005  
quien te dé la muerte», vana  
diligencia de evitarlo  
fuera entonces desnudarla  
y ponérsela a los pechos.  
Si dijese: «Golfos de agua 1010  
han de ser tu sepultura  
en monumentos de plata»,  
mal hiciera en darse al mar,  
cuando soberbio levanta  
rizados montes de nieve, 1015  
de cristal crespas montañas.  
Lo mismo le ha sucedido  
que a quien, porque le amenaza  
una fiera, la despierta;  
que a quien, temiendo una espada 1020  
la desnuda; y que a quien mueve  
las ondas de una borrasca;  
y cuando fuera (escuchadme)  
dormida fiera mi saña,  
templada espada mi furia, 1025  
mi rigor quieta bonanza,  
la fortuna no se vence  
con injusticia y venganza,  
porque antes se incita más.  
Y así, quien vencer aguarda 1030  
a su fortuna, ha de ser  
con prudencia y con templanza.  
No antes de venir el daño  
se reserva ni se guarda  
quien le previene; que aunque 1035  
puede humilde (cosa es clara)  
reservarse dél, no es  
sino después que se halla  
en la ocasión, porque aquesta  
no hay camino de estorbarla. 1040

Sirva de ejemplo este raro  
espectáculo, esta extraña  
admiración, este horror,  
este prodigio; pues nada  
es más que llegar a ver, 1045  
con prevenciones tan varias,  
rendido a mis pies a un padre,  
y atropellado a un monarca.  
Sentencia del cielo fue;  
por más que quiso estorbarla 1050  
él no pudo, ¿y podré yo  
que soy menor en las canas,  
en el valor y en la ciencia  
vencerla? Señor, levanta,  
dame tu mano; que ya 1055  
que el cielo te desengaña  
de que has errado en el modo  
de vencerle, humilde aguarda  
mi cuello a que tú te vengues;  
rendido estoy a tus plantas. 1060

BASILIO Hijo, que tan noble acción  
otra vez en mis entrañas  
te engendra, príncipe eres.  
A ti el laurel y la palma  
se te deben. Tú venciste;                      1065  
corónente tus hazañas.

TODOS ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO Pues que ya vencer  
 aguarda  
 mi valor grandes vitorias,  
 hoy ha de ser la más alta 1070  
 vencerme a mí. Astolfo dé  
 la mano luego a Rosaura,  
 pues sabe que de su honor  
 es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO  
Aunque es verdad que la debo  
obligaciones, repara  
que ella no sabe quién es;  
y es bajeza y es infamia  
casarme yo con mujer...

CLOTALDO  
No prosigas, tente, aguarda; 1080  
porque Rosaura es tan noble  
como tú, Astolfo, y mi espada  
lo defenderá en el campo;  
que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO ¿Qué dices?

CLOTALDO Que yo hasta verla                    1085  
casada, noble y honrada,  
no la quise descubrir.  
La historia desto es muy larga;  
pero, en fin, es hija mía.

ASTOLFO  
Pues siendo así, mi palabra  
cumpliré.

SEGISMUNDO Pues, porq[ue] Estrella  
no quede desconsolada,  
viendo que príncipe pierde  
de tanto valor y fama,  
de mi propia mano yo  
con esposo he de casarla  
que en méritos y fortuna  
si no le excede, le iguala.  
Dame la mano.

ESTRELLA Yo gano  
en merecer dicha tanta. 1100

SEGISMUNDO A Clotaldo, que leal  
sirvió a mi padre, le aguardan  
mis brazos, con las mercedes  
que él pidiere que le haga.

[SOLDADO]  
Si así a quien no te ha servido                    1105  
honras, ¿a mí, que fui causa  
del alboroto del reino,  
y de la torre en que estabas  
te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO  
La torre; y porque no salgas 1110  
della nunca hasta morir,  
has de estar allí con guardas;  
que el traidor no es menester  
siendo la traición pasada.

BASILIO Tu ingenio a todos admira. 1115

ASTOLFO ¡Qué condición tan mudada!

ROSAURA ¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO  
¿Qué os admira? ¿Qué os espanta,  
si fue mi maestro un sueño,  
y estoy temiendo en mis ansias  
que he de despertar y hallarme

<p>otra vez en mi cerrada prisión? Y cuando no sea, el soñarlo sólo basta; pues así llegué a saber que toda la dicha humana, en fin, pasa como sueño. Y quiero hoy aprovecharla</p>	<p>1125</p>	<p>el tiempo que me durare, pidiendo de nuestras faltas perdón, pues de pechos nobles es tan propio el perdonarlas.</p>	<p>1130</p>
---	-------------	---	-------------

- Resume la argumentación que desarrolla Segismundo en su primer monólogo.
- Analiza los elementos cultistas o gongorinos en ese primer fragmento.
- ¿Cuál es la razón principal por la que el protagonista decide obrar el bien?
- Resume el desenlace de la obra.
- Identifica las diversas acciones dramáticas presentes en las escenas seleccionadas.
- ¿Qué diferencias encuentras entre los temas y el lenguaje teatral de Lope y Calderón de la Barca?

## UN AUTO SACRAMENTAL

### Calderón: El gran teatro del mundo

El gran teatro del mundo es el más famoso de los Autos Sacramentales de Calderón; su contenido alegórico anticipa el recurso al teatro dentro del teatro que pondría de moda Pirandello a comienzos del siglo XX. Aquí el Autor (Dios) encarga al Mundo que organice una representación con una serie de personajes (seres humanos) a los que él encarga distintos papeles. Al final de la obra (la vida humana) cada uno será premiado o castigado según su actuación en el teatro (comportamiento).

Lee a continuación el comienzo de la obra, donde se plantea ya el mensaje de la pieza:

*Sale el AUTOR con manto de estrellas y potencias en el sombrero.*

AUTOR Hermosa compostura  
de esa varia inferior arquitectura,  
que entre sombras y lejos  
a esta celeste usurpas los reflejos,  
cuando con flores bellas 5  
el número compite a sus estrellas,  
siendo con resplandores  
humano cielo de caducas flores.  
Campaña de elementos,  
con montes, rayos, piélagos y vientos: 10  
con vientos donde graves  
te surcan los bajeles de las aves;  
con piélagos y mares donde a veces  
te vuelan las escuadras de los peces;  
con rayos donde ciego 15  
te ilumina la cólera del fuego;  
con montes donde dueños absolutos  
te pasean los hombres y los brutos:  
siendo en continua guerra  
monstruo de fuego y aire, de agua y tierra. 20  
Tú, que siempre diverso,  
la fábrica feliz del universo,  
eres, primer prodigio sin segundo,  
y por llamarte de una vez, tú el Mundo,  
que naces como el Fénix y en su fama 25  
de tus mismas cenizas.

*(Sale el MUNDO por diversa puerta.)*

MUNDO ¿Quién me llama,  
que desde el duro centro  
de aqueste globo que me esconde dentro  
alas viste veloces?  
¿Quién me saca de mí? ¿Quién me da voces? 30

AUTOR Es tu Autor Soberano.  
De mi voz un suspiro, de mi mano  
un rasgo es quien te informa,  
y a su obscura materia le da forma.

MUNDO Pues ¿qué es lo que me mandas? ¿Qué me quieres? 35

AUTOR Pues soy tu Autor, y tú mi hechura eres,  
 hoy, de un concepto mío  
 la ejecución a tus aplausos fío.  
 Una fiesta hacer quiero  
 a mi mismo poder, si considero 40  
 que solo a ostentación de mi grandeza  
 fiestas hará la gran naturaleza;  
 y como siempre ha sido  
 lo que más ha alegrado y divertido  
 la representación bien aplaudida, 45  
 y es representación la humana vida,  
 una comedia sea  
 la que hoy el cielo en tu teatro vea.  
 Si soy Autor y si la fiesta es mía,  
 por fuerza la ha de hacer mi compañía. 50  
 Y pues que yo escogí de los primeros  
 los hombres, y ellos son mis compañeros,  
 ellos, en el Teatro  
 del mundo, que contiene partes cuatro,  
 con estilo oportuno 55  
 han de representar. Yo a cada uno  
 el papel le daré que le convenga,  
 y porque en fiesta igual su parte tenga  
 el hermoso aparato  
 de apariencias, de trajes el ornato, 60  
 hoy prevenido quiero  
 que, alegre, liberal y lisonjero,  
 fabriques apariencias  
 que de dudas se pasen a evidencias.  
 Seremos, yo el Autor, en un instante, 65  
 tú el teatro, y el hombre el recitante.

MUNDO Autor generoso mío,  
 a cuyo poder, a cuyo  
 acento obedece todo,  
 yo, el gran Teatro del mundo, 70  
 para que en mí representen  
 los hombres, y cada uno  
 halle en mí la prevención  
 que le impone al papel suyo,  
 como parte obediencial, 75  
 que solamente ejecuto  
 lo que ordenas, que aunque es mía  
 la obra, es milagro tuyo.  
 Primeramente porque es  
 de más contento y más gusto 80  
 no ver el tablado antes  
 que esté el personaje a punto,  
 lo tendré de un negro velo  
 todo cubierto y oculto,  
 que sea un caos donde estén 85  
 los materiales confusos.



Correrase aquella niebla  
 y, huyendo el vapor obscuro,  
 para alumbrar el teatro  
 (porque adonde luz no hubo 90  
 no hubo fiesta), alumbrarán  
 dos luminares, el uno  
 divino farol del día,  
 y de la noche nocturno  
 farol el otro, a quien ardan 95  
 mil luminosos carbunclos,  
 que en la frente de la noche  
 den vividores influjos.  
 En la primera jornada,  
 sencillo y cándido nudo 100  
 de la gran ley natural,  
 allá en los primeros lustros<sup>1</sup>  
 aparecerá un jardín  
 con bellísimos dibujos,  
 ingeniosas perspectivas, 105  
 que se dude cómo supo  
 la naturaleza hacer  
 tan gran lienzo sin estudio.  
 Las flores mal despuntadas  
 de sus rosados capullos 110  
 saldrán la primera vez  
 a ver el Alba en confuso.  
 Los árboles estarán  
 llenos de sabrosos frutos,  
 si ya el áspid de la envidia 115  
 no da veneno en alguno.  
 Quebraranse mil cristales  
 en guijas, dando su curso  
 para que el Alba los llore  
 mil aljófares menudos. 120  
 Y para que más campee  
 este humano cielo juzgo  
 que estará bien engastado  
 de varios campos incultos.  
 Donde fueren menester 125  
 montes y valles profundos  
 habrá valles, habrá montes;  
 y ríos, sagaz y astuto,  
 haciendo zanjás la tierra,  
 llevaré por sus conductos 130  
 brazos de mar desangrados  
 que corran por varios rumbos.  
 Vista la primera scena  
 sin edificio ninguno,  
 en un instante verás 135  
 cómo repúblicas fundo,  
 cómo ciudades fabrico,  
 cómo alcázares descubro.  
 Y cuando solicitados  
 montes fatiguen algunos 140

a la tierra con el peso  
 y a los aires con el bulto,  
 mudaré todo el teatro  
 porque todo, mal seguro,  
 se verá cubierto de agua 145  
 a la saña de un diluvio.  
 En medio de tanto golfo,  
 a los flujos y reflujos  
 de ondas y nubes, vendrá  
 haciendo ignorados surcos 150  
 por las aguas un bajel  
 que fluctuando seguro  
 traerá su vientre preñado  
 de hombres, de aves y de brutos.  
 A la seña que, en el cielo, 155  
 de paz hará un arco rubio  
 de tres colores, pajizo,  
 tornasolado y purpúreo,  
 todo el gremio de las ondas  
 obediente a su estatuto 160  
 hará lugar, observando  
 leyes que primero tuvo,  
 a la cerviz de la tierra  
 que, sacudiéndose el yugo,  
 descollará su semblante, 165  
 bien que macilento y mustio.  
 Acabado el primer acto,  
 luego empezará el segundo,  
 Ley Escrita en que poner  
 más apariencias procuro, 170  
 pues para pasar a ella  
 pasarán con pies enjutos  
 los hebreos desde Egipto  
 los cristales del mar rubio;  
 amontonadas las aguas, 175  
 verá el Sol que le descubro  
 los más ignorados senos  
 que ha mirado en tantos lustros.  
 Con dos columnas de fuego  
 ya me parece que alumbro 180  
 el desierto antes de entrar  
 en el prometido fruto.  
 Para salir con la ley,  
 Moisés a un monte robusto  
 le arrebatará una nube 185  
 en el rapto vuelo suyo.  
 Y esta segunda jornada  
 fin tendrá en un furibundo  
 eclipse, en que todo el Sol  
 se ha de ver casi difunto. 190  
 Al último parasismo  
 se verá el orbe cerúleo  
 titubear, borrando tantos  
 paralelos y coluros.

Sacudiranse los montes 195  
 y delirarán los muros,  
 dejando en pálidas ruinas  
 tanto escándalo caduco.  
 Y empezará la tercera  
 jornada, donde hay anuncios 200  
 que habrá mayores portentos,  
 por ser los milagros muchos  
 de la Ley de Gracia, en que  
 ociosamente discurro.  
 Con lo cual en tres jornadas, 205  
 tres leyes y un estatuto,  
 los hombres dividirán  
 las tres edades del mundo;  
 hasta que al último paso  
 todo el tablado, que tuvo 210  
 tan grande aparato en sí,  
 una llama, un rayo puro  
 cubrirá porque no falte  
 fuego en la fiesta... ¿Qué mucho  
 que aquí, balbuciente el labio, 215  
 quede absorto, quede mudo?  
 De pensarlo, me estremezco,  
 de imaginarlo, me turbo;  
 de repetirlo, me asombro;  
 de acordarlo, me consumo. 220  
 Mas ¡dilatése esta scena,  
 este paso horrible y duro,  
 tanto, que nunca le vean  
 todos los siglos futuros!  
 Prodigios verán los hombres 225  
 en tres actos, y ninguno  
 a su representación  
 faltará por mí en el uso.  
 Y pues que ya he prevenido  
 cuanto al teatro, presumo 230  
 que está todo ahora; cuanto  
 al vestuario, no dudo  
 que allá en tu mente le tienes,  
 pues allá en tu mente juntos,  
 antes de nacer, los hombres 235  
 tienen los aplausos suyos.  
 Y para que desde ti  
 a representar al mundo  
 salgan y vuelvan a entrarse,  
 ya previno mi discurso 240  
 dos puertas: la una es la cuna  
 y la otra es el sepulcro.  
 Y para que no les falten  
 las galas y adornos juntos,  
 para vestir los papeles 245  
 tendré prevenido a punto  
 al que hubiere de hacer rey,  
 púrpura y laurel agosto;

al valiente capitán,  
 armas, valores y triunfos; 250  
 al que ha de hacer el ministro,  
 libros, escuelas y estudios.  
 Al religioso, obediencias;  
 al facineroso, insultos;  
 al noble le daré honras, 255  
 y libertades al vulgo.  
 Al labrador, que a la tierra  
 ha de hacer fértil a puro  
 afán, por culpa de un necio,  
 le daré instrumentos rudos. 260  
 A la que hubiere de hacer  
 la dama, le daré sumo  
 adorno en las perfecciones,  
 dulce veneno de muchos.  
 Solo no vestiré al pobre 265  
 porque es papel de desnudo,  
 porque ninguno después  
 se queje de que no tuvo  
 para hacer bien su papel  
 todo el adorno que pudo, 270  
 pues el que bien no le hiciera  
 será por defecto suyo,  
 no mío. Y pues que ya tengo  
 todo el aparato junto,  
 ¡venid, mortales, venid 275  
 a adornaros cada uno  
 para que representéis  
 en el Teatro del mundo!  
 (*Vase.*)

AUTOR Mortales que aún no vivís  
 y ya os llamo yo mortales, 280  
 pues en mi concepto iguales  
 antes de ser asistís;  
 aunque mis voces no oís,  
 venid a aquestos vergeles,  
 que ceñido de laureles, 285  
 cedros y palma os espero,  
 porque yo entre todos quiero  
 repartir estos papeles.

- Resume la acción dramática desarrollada en este fragmento.
- ¿Qué diferencias encuentras entre las figuras del Autor y el Mundo?
- Comenta los recursos poéticos cultos que aparecen en el texto.

## Francisco Rojas Zorrilla: Del rey abajo, ninguno

También conocida como El conde de Orgaz o El labrador más honrado o García del Castañar, es una obra inscrita en el conocido subgénero de los dramas de honor, en concreto, aquellos en los que el honor conyugal de un campesino rico se ve amenazado por la voraz pasión de un poderoso cortesano.

El texto de Rojas Zorrilla fue uno de los dramas más populares en su época. La acción parte de un equívoco: el rey Alfonso XI para su campaña de Algeciras precisa fondos; se los aporta generosamente el rico villano García del Castañar; cuando acude a su finca para agradecerse, el cortesano que le acompaña (Don Mendo) se hace pasar por él, tras de quedar prendado de Blanca, esposa de García. Queda así planteado el conflicto: el atribulado campesino vivirá al enterarse dividido entre la obediencia debida al monarca y la necesidad de defender la honra de su mujer.

En el Acto I encontramos una bella escena de amor entre campesinos ricos, con su reflejo entre los criados rústicos que aportan el contrapunto cómico.

*(Vanse, y sale DON GARCÍA, labrador.)*

DON GARCÍA Fábrica hermosa mía,  
habitación de un infeliz dichoso,  
oculto desde el día  
que el castellano pueblo vitorioso,  
con lealtad oportuna, 225  
al niño Alfonso coronó en la cuna.

En ti vivo contento,  
sin desear la Corte o su grandeza,  
al ministerio atento  
del campo donde encubro mi nobleza, 230  
en quien fui peregrino  
y extraño huésped, y quedé vecino.

En ti, de bienes rico,  
vivo contento con mi amada esposa,  
cubriendo su pellico 235  
nobleza, aunque ignorada, generosa;  
que aunque su ser ignoro,  
sé su virtud y su belleza adoro.

En la casa vivía  
de un labrador de Orgaz, prudente y cano; 240  
vila, y dejóme un día,  
como suele quedar en el verano,  
del rayo a la violencia,  
ceniza el cuerpo, sana la apariencia.

Mi mal consulté al Conde, 245  
y asegurando que en mi esposa bella  
sangre ilustre se esconde,  
caséme amante y me ilustré con ella,  
que acudí, como es justo,  
primero a la opinión y luego al gusto. 250

Vivo en feliz estado,  
aunque no sé quién es y ella lo ignora,

secreto reservado  
al Conde, que la estima y que la adora;  
ni jamás ha sabido 255  
que nació noble el que eligió marido  
mi Blanca, esposa amada,  
que divertida entre sencilla gente  
de su jardín traslada  
puros jazmines a su blanca frente. 260  
Mas ya todo me avisa  
que sale Blanca, pues que brota risa.

*(Salen DOÑA BLANCA, labradora, con flores,  
BRAS, TERESA, y BELARDO, viejo, y  
MÚSICOS pastores.)*

MÚSICOS Ésta es blanca como el sol,  
que la nieve no.  
Ésta es hermosa y lozana, 265  
como el sol,  
que parece a la mañana,  
como el sol,  
que aquestos campos alegra,  
como el sol, 270  
con quien es la nieve negra,  
y del almendro la flor.  
Ésta es blanca como el sol,  
que la nieve no.

DON GARCÍA  
Esposa, Blanca querida, 275  
injustos son tus rigores,  
si por dar vida a las flores  
me quitas a mí la vida.

DOÑA BLANCA

Mal daré vida a las flores  
cuando pisarlas suceda, 280  
pues mi vida ausente queda  
adonde animas amores;

porque así quiero, García,  
sabiendo cuánto me quieres, 285  
que si tu vida perdieres,  
puedas vivir con la mía.

DON GARCÍA

No habrá merced que sea mucha,  
Blanca, ni grande favor  
si le mides con mi amor.

DOÑA BLANCA ¿Tanto me quieres?

DON GARCÍA Escucha: 290

No quiere el segador al aura fría,  
ni por abril el agua mis sembrados,  
ni yerba en mi dehesa mis ganados,  
ni los pastores la estación umbría,  
ni el enfermo la alegre luz del día, 295  
la noche los gañanes fatigados,  
blandas corrientes de amenos prados,  
más que te quiero, dulce esposa mía;  
que si hasta hoy su amor desde el primero  
hombre juntaran, cuando así te ofreces, 300  
en un sujeto a todos les prefiero;  
y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,  
y no puedo querer más que te quiero,  
aun no te quiero como tú mereces.

DOÑA BLANCA

No quieren más las flores al rocío, 305  
que en los fragantes vasos el sol bebe;  
las arboledas la deshecha nieve,  
que es cima de cristal y después río;  
el índice de piedra al norte frío,

el caminante al iris cuando llueve, 310  
la obscura noche la traición aleve,  
más que te quiero, dulce esposo mío;  
porque es mi amor tan grande, que a tu  
nombre

como a cosa divina construyera  
aras donde adorarle, y no te asombre, 315  
porque si el ser de Dios no conociera,  
dejara de adorarte como hombre,  
y por Dios te adorara y te tuviera.

BRAS Pues están Blanca y García  
como palomos de bien, 320  
resquebrémonos también,  
porque desde ellotri día  
tu carilla me engarrucha.

TERESA Y a mí tu talle, mi Bras.

BRAS Mas que te quiero yo más. 325

TERESA ¡Mas que no!

BRAS Teresa, escucha:

Desde que te vi, Teresa,  
en el arroyo a pracer,  
ayudándote a torcer  
los manteles de la mesa, 330  
y torcidos y lavados,  
nos dijo cierto estudiante:  
«Así a un pobre pleiteante  
suelen dejar los letrados»;  
eres de mí tan querida 335  
como lo es de un logrero  
la vida de un caballero  
que dio un juro de por vida.

Acto II: he aquí el primer clímax de la obra, cuando el labrador más honrado descubre que quien corteja a su mujer es nada menos que el Rey.

*(Sale DON MENDO abriendo el balcón de golpe y embózase.)*

DON MENDO (Aparte.)

¡Vive Dios, que es el que veo 655  
García del Castañar!  
¡Valor, corazón! Ya es hecho.  
Quien de un villano confía  
no espere mejor suceso.

DON GARCÍA

Hidalgo, si serlo puede 660  
quien de acción tan baja es dueño,  
si alguna necesidad  
a robarme os ha dispuesto,  
decidme lo que queréis,  
que por quien soy os prometo 665  
que de mi casa volváis  
por mi mano satisfecho.

DON MENDO Dejádme volver, García.

DON GARCÍA Eso no, porque primero  
he de conocer quién sois, 670  
y descubríos muy presto,  
u de este arcabuz la bala  
penetrará vuestro pecho.

DON MENDO Pues advertid no me erréis,  
que si con vos igual quedo, 675  
lo que en razón me lleváis,  
en sangre y valor os llevo.  
Yo sé que el Conde de Orgaz  
lo ha dicho a alguno en secreto,  
informándole de mí. 680  
La banda que cruza el pecho,  
de quien soy, testigo sea.

DON GARCÍA (*Aparte.*)

El Rey es, ¡válgame el Cielo!,  
y que le conozco sabe.  
(*Cáesele el arcabuz.*)

Honor y lealtad, ¿qué haremos? 685  
¡Qué contradicción implica  
la lealtad con el remedio!

DON MENDO  
(¡Qué propia acción de villanos!  
Temor me tiene o respeto,  
aunque para un hombre humilde 690  
bastaba sólo mi esfuerzo;  
el que encareció el de Orgaz  
por valiente... ¡Al fin es viejo!)  
En vuestra casa me halláis,  
ni huir ni negarlo puedo, 695  
mas en ella entré esta noche...

DON GARCÍA ¡A hurtarme el honor que  
tengo!  
¡Muy bien pagáis, a mi fe,  
el hospedaje, por cierto,  
que os hicimos Blanca y yo! 700  
¡Ved qué contrarios efectos  
verá entre los dos el mundo,  
pues yo ofendido os venero,  
y vos, de mi fe servido,  
me dais agravios por premios! 705

DON MENDO (*Aparte.*)

No hay que fiar de un villano  
ofendido, pues que puedo,  
me defenderé con éste.

DON GARCÍA  
¿Qué hacéis? Dejad en el suelo  
el arcabuz y advertid 710  
que os lo estorbo, porque quiero  
no atribuyáis a ventaja  
el fin de aqueste suceso,  
que para mí basta sólo  
la banda de vuestro cuello, 715  
cinta del sol de Castilla,  
a cuya luz estoy ciego.

DON MENDO ¿Al fin me habéis  
conocido?

DON GARCÍA Miraldo por los efetos.

DON MENDO  
Pues quien nace como yo 720  
no satisface, ¿qué haremos?

DON GARCÍA  
Que os vais, y rogad a Dios  
que enfrene vuestros deseos,  
y al Castañar no volváis,  
que de vuestros desaciertos 725  
no puedo tomar venganza,  
sino remitirla al Cielo.

DON MENDO  
Yo lo pagaré, García.

DON GARCÍA  
No quiero favores vuestros.

DON MENDO  
No sepa el Conde de Orgaz 730  
esta acción.

DON GARCÍA Yo os lo prometo.

DON MENDO Quedad con Dios.

DON GARCÍA Él os guarde  
y a mí de vuestros intentos,  
y a Blanca.

DON MENDO Vuestra mujer...

DON GARCÍA  
No señor, no habléis en eso, 735  
que vuestra será la culpa.  
Yo sé la mujer que tengo.

DON MENDO (Aparte.)		que tropecéis en mi casa,	760
¡Ay, Blanca, sin vida estoy!		porque della os vayáis presto.	
¡Qué dos contrarios opuestos!		DON MENDO (Aparte.)	
Éste me estima ofendido;	740	Muerto voy.	
y tú, adorándote, me has muerto.		(Vase.)	
DON GARCÍA ¿Adónde vais?		DON GARCÍA Bajad seguro,	
DON MENDO A la puerta.		pues que yo la escala os tengo.	
DON GARCÍA ¡Qué ciego venís, qué ciego!		¡Cansada estabas, Fortuna,	
Por aquí habéis de salir.		de estarte fija un momento!	765
DON MENDO ¿Conocéisme?		¡Qué vuelta diste tan fiera	
DON GARCÍA Yo os prometo	745	en aqueste mar! ¡Qué presto	
que a no conocer quien sois,		que se han trocado los aires!	
que bajárades más presto;		¡En qué día tan sereno	
mas tomad este arcabuz		contra mi seguridad	770
agora, porque os advierto		fulmina rayos el Cielo!	
que hay en el monte ladrones	750	Ciertas mis desdichas son,	
y que podrán ofenderos		pues no dudo lo que veo,	
si, como yo, no os conocen.		que a Blanca, mi esposa, busca	
Bajad aprisa; no quiero		el rey Alfonso encubierto.	775
que sepa Blanca este caso.		¡Qué desdichado que soy,	
DON MENDO		pues altamente naciendo	
Razón es obedeceros.	755	en Castilla Conde, fui	
DON GARCÍA Aprisa, aprisa, señor;		de aquestos montes plebeyo	
remitid los cumplimientos,		labrador, y desde hoy	780
y mirad que al descender		a estado más vil desciendo!	
no caigáis, porque no quiero		¡Así paga el rey Alfonso	
		los servicios que le he hecho!	
		Mas desdicha será mía,	
		no culpa suya; callemos	

Acto III: El intento final por parte de don Mendo -que sigue haciendose pasar por el monarca ante los villanos- de forzar a Blanca se salda con la intervención de don García. Cuando aparece el verdadero monarca, se deshace el equívoco y se ejecuta el código del honor.

- Resume la acción dramática desarrollada en cada fragmento.
- ¿Qué conocido tópico literario aparece en el primer texto?
- Analiza desde el punto de vista métrico los versos 291-318: el diálogo entre los esposos.
- Resume el conflicto que atenaza a Don García con respecto a la figura del supuesto Rey.